

Publican en Chile "Autorretrato (en el extranjero)" del belga Jean-Philippe Toussaint

Escritor desmenuza sus viajes a punta de incisiones y arañazos

El celebrado autor se enfoca en cosas ínfimas que le han ocurrido en lugares tan disímiles como Túnez, Córcega, Tokio o Vietnam.

NARDO SANHUEZA

El escritor, cineasta y artista visual belga Jean-Philippe Toussaint estuvo en Chile hace casi dos años, invitado al ciclo Las Bellas Francesas que anualmente trae a San Antonio a algunos autores francófonos, como contrapunto de Les Latinas, que reúne en su edición a escritores hispanoamericanos. Había sido traducido al español en Argentina, España, México, y en su novela más reciente hasta entonces, *La verdad sobre Marie*, publicada por Anagrama, era presentado como el heredero involuntario de un fantástico *nouveau nouveau roman* y "el autor en lengua francesa más aplaudido e imitado, que inimitable, de su generación".

Ahora Toussaint vuelve a Chile, esta vez por su primera publicación en el país: su libro *Autorretrato (en el extranjero)*, publicado por Magali Sequera y



editado bajo el sello de Chanchazo.

Este pequeño volumen, publicado originalmente en Francia el año 2000, es muy distinto de sus novelas, pero a la vez guarda con ellas una relación íntima. Son once piezas breves que están a medio camino entre la crónica de viajes y el ensayo, entre el cuento y la anécdota, entre la estampa impresionista y el ejercicio de estilo. Aunque ocurren en lugares tan disparados en el mapa como Túnez, Córcega, Tokio o Viet-

nam, escapan a la mirada turística o al relato de aventuras y se enfocan en lo ínfimo, en la experiencia que podría suceder en cualquier parte, pero que sucede en el viaje y que impulsa a Toussaint a hacer de la escritura "una forma de resistir la corriente" que arrastra a los viajeros y anclarse mediante el lenguaje en el torrente del tiempo, marcando "lo inmaterial de su curso con señales, incisiones, arañazos".

Así, mientras registra los pormenores del día más feliz de su

vida —en el que gana un campeonato de bochas—, su malograda iniciación como cocinero de sushi o un curioso encuentro con Jane Birkin entre escritores vietnamitas, Toussaint en realidad está abocado a resolver una imagen, a desenvolver el estilo que, mezclando con elegancia humor absurdo, autoirrisión y cierta melancolía, en sus novelas logra mantener la tensión narrativa sobre historias mínimas o prácticamente inexistentes.

Una de sus últimas novelas,

Cabezazo melancólico

Aunque es su obra literaria la que lo ha hecho conocido, Toussaint ha desarrollado un sinnúmero de otras actividades: ha filmado varias películas, hace dos años expuso una instalación en el Louvre acerca del libro considerado como objeto y hasta las ofició como periodista deportivo en el Mundial de Corea-Japón. Precisamente su afición al fútbol lo llevó a escribir "La melancolía de Zidane", un diminuto ensayo (12 páginas) a partir del día negro pero inolvidable del 2006 en que el astro francés dio el cabezazo de su vida contra el pecho de un adversario. "Quise ver el gesto de Zidane como irreductible", apunta Toussaint.

Un autorretrato del escritor en el Museo del Louvre.

La verdad sobre Marie, justamente es un relato que, bien resumido, acaso duraría una página, dos a lo más, pero que Toussaint convierte en un despliegue de la narración y el lenguaje. Allí donde el movimiento de la "nueva novela" francesa de los años sesenta desplazaba las historias mediante una penetración en el lenguaje mismo, Toussaint ha propuesto una tercera vía: extraer de lo ínfimo, de lo banal o, de rechamante, de la ausencia de historia, un relato visual que logra contar emociones, ideas, momentos esenciales de vidas enteras.



Roberto Merino

ATA RESBALADIZA

Los músicos callejeros son por lo general pésimos. No por una cuestión técnica, sino porque parecen tocar con mala voluntad.

La calle en la que vivo debe ser una de las más ruidosas de Santiago. Hablo de ruido incisivo, persistente, no del sordo rumor de la ciudad. Ahora mismo, mientras escribo, escucho el sonido afónico de una bomba propulsora con la que están limpiando el pavimento. Dicen que ha habido un derrame de líquidos percolados. Un problema vinculado a un supermercado cercano. Cuesta mucho de esta manera pensar en cualquier cosa y lo que se impone es una especie de angustia de encierro. En cualquier parte del mundo esto sería considerado una demencia: ruido de fierros furiosamente friccionados durante horas.

En la noche hay fiestas en los departamentos de los edificios vecinos. Si son lejanas no molestan nada, se perciben como música y conversaciones de fondo para acunar el sueño. Operan como discreta compañía nocturna. A veces, sin embargo, se verifican aquí mismo, a veinte metros. Cuesta en este caso diluir la sensación de estar siendo invadidos. El golpeo de las baterías programadas en 2 por 4, incesantes, va dejando su huella en la conciencia

Ruido

machacada. A través de las ventanas —que no se pueden cerrar por riesgo de sofoco— se filtran las voces humanas irregulares, como a tropezones. Cuando una brecha de silencio nos produce un momentáneo alivio, cuando creemos que podremos restituir el sueño despedido, viene una nueva carga: graznidos cascados de viejas opinantes, recriminaciones de curados, carcajadas imbéciles.

Cuando los fiesteros se han ido con sus respectivas resacas aparece —por segunda o tercera vez en el día— el camión de la basura, acelerando y desacelerando, frenando con chirridos, mientras los basureros se chiflan entre ellos y dejan caer bruscamente las puertas de los contenedores plásticos.

Antes de las siete de la mañana llegan los camiones que abastecen a los negocios de las inmediaciones, a un par de supermercados, a una tienda de "retail", a panaderías, ferreterías, qué sé yo. Tratan de ocupar su puesto en la zona de descarga, para lo cual se estacionan en reversa, activando unos pitidos eléctricos propios de este tipo de maniobras. Luego algunos se quedan esperando con el motor

encendido, cuyo sonido continuo, desesperante, se encajona en las paredes de los edificios y llega a multiplicado a los departamentos ubicados en los pisos superiores.

Se entenderá que el corolario de estos estímulos repetidos todos los días es un tremendo cansancio, un desgaste que va minando el ánimo desde un segundo plano. Por eso, hacia las once, el momento en que se presentan los músicos a animarles la cueca a los clientes de los cafés, uno siente el impulso, las ganas, de largar un grito paralizante. Se hablaba antes de la "jungla de cemento" para explicar la ferocidad de la vida urbana, pero sé que la actividad acústica de la jungla es algo más armoniosa. Los músicos callejeros son por lo general pésimos. No por una cuestión técnica, sino porque parecen tocar con mala voluntad. Sean jazzistas a la usanza de Nueva Orleans, quenistas de ojos cerrados o intérpretes de tangos en armónica, siempre parecen muy distantes a la emoción específica de la música. Ah, "Tea for two", "El pájaro campana", "Gracias a la vida", el sonsonete edulcorado de unos días exasperantes.

 Pag. Anterior

Primera Pag. Hoy



Ir al inicio

Volver

 E-Mail

